

LA UNIVERSIDAD, UNA MIRADA DESDE LA FILOSOFÍA

*J. Pascual Mora-García**

Universidad de Los Andes

Núcleo del Táchira

Mérida - Venezuela

pascualmora@cantv.net

Resumen

Los fundamentos filosóficos de la Universidad atañen a los fundamentos ontológicos (razón de ser), deontológicos (lo que debe ser), teleológicos (su finalidad), y axiológicos (valores). En el presente trabajo se analizan dichos fundamentos en el marco de la coyuntura actual del país. Nuestro análisis pretende superar el criterio maniqueo que busca aprobar o condenar a priori los juicios acerca de la responsabilidad actual de la Universidad venezolana. Por eso apostamos a los cimientos fundacionales del *Ser de la Universidad*, al nivel de la substancia, al nivel de los principios, al *Ser per se* de la institución universitaria, aquello que Aristóteles denominó el nivel supremo. El nivel de *episteme*. En una palabra, buscamos recordar los fundamentos sobre los que descansa la Universidad, sea pública o privada, se trata de LA UNIVERSIDAD.

Palabras claves: Ontología, Axiología, Epistemología, Filosofía de la Educación.

THE UNIVERSITY, A VIEW FROM PHILOSOPHY

Abstract

The philosophical fundamentals of the university are in regard to the ontological (study of being), deontological (formal rules of conduct), teleological (final cause), and axiological (value judgments) fundamentals.

* Lic. en Filosofía (UCV, 1986), Magíster en Educación (1994), Doctor en Historia (2001), Profesor de la Universidad de los Andes-Táchira. Individuo de Número de la Academia de la Historia. Miembro del Sistema de Promoción del Investigador PPI-CONICIT, desde 1997. Candidato a Doctor en Innovación e Investigación Educativa (Universidad de Tarragona-España-2002).

In this paper said fundamentals are analyzed in the frame of the present events of the country. Our analysis aspire to surpass the Manichean criterion that seeks to approved or to condemn a priori the judgments related to the present responsibility of the Venezuelan University. For that reason, we emulate the roots of the being of the University, at the substance level, at the principles level, to the being per se of the university institution, that which Aristotle called the supreme level. The episteme level.

Key words: Ontology, Axiology, Ephistemology, Filosofhy of Education

1. La razón de ser de la Universidad

«Las Universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y — lo que es peor aún— el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. Las Universidades han llegado a ser así fiel reflejo de estas sociedades decadentes, que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la ciencia frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático. Cuando en un raptó fugaz abre sus puertas a los altos espíritus es para arrepentirse luego y hacerles imposible la vida en su recinto».

Manifiesto de Córdoba, 1918.

La historia «siempre es historia contemporánea —Ortega y Gasset—». La incertidumbre que cobija a la Universidad venezolana nos invita a remontarnos al Movimiento de Córdoba (1918), y recordar que los males de la Universidad de esa época todavía perviven en la nuestra. Al mismo tiempo imploramos la estirpe de grandes universitarios, como: José Ingenieros, Alejandro Korn, Eugenio D'Ors, Gabriel Del Mazo, Germán Arciniegas, Anibal Ponce, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Ernesto Mayz Vallenilla, entre otros. Hoy como ayer, la Universidad tiene que recomenzar una senda perdida, porque los males de ayer todavía están entre nosotros. Pero el mal más grave que padecemos es el que Eugenio D'Ors denominaba: *la servidumbre de la inteligencia*, al respecto comentaba Deodoro Roca: «nada más doloroso y trágico, en la historia de la servidumbre, que la servidumbre de la inteligencia, la servidumbre de la cultura, de la profesionalidad de la cultura». (Roca, D.) La servidumbre intelectual a la que se alude, tradicionalmente estuvo representada por quienes eran adeptos

al régimen, hoy día tenemos que reconocer que en la Universidad la servidumbre intelectual se ha democratizado. De allí que la capacidad de *sindéresis* deba especializarse con mayor heurística a fin de deslindar la verdad de pseudo verdades. No podemos seguir en el silencio cómplice, como académicos estamos obligados a no engrosar las filas de la servidumbre de la inteligencia. Tenemos que recordar que los criterios se defienden con razones y no con firmas en listines públicos. Imploramos a las reservas morales que tiene la Universidad para que regrese el debate ideológico a nuestra cotidianidad.

La Universidad, históricamente, ha sido la autoconciencia —Hegel— del país. En momentos de regímenes de facto, y en presencia de injusticias, la Universidad ha sido la primera en levantar el brazo crítico y denunciar los atropellos. Pero es así, en el fragor de la lucha académica que se discute el futuro de un país: ¡no con la Universidad cerrada.!

La Universidad nació para ser alfarero de la verdad, por eso de su seno emergió —como Orfeo de los infiernos— una nueva profesión, el profesor universitario, «un hombre cuyo oficio es escribir o enseñar o las dos cosas a la vez, un hombre que profesionalmente tiene una actitud de profesor y de sabio, en suma un intelectual» (Le Goff, 1986:88). Por eso nos preguntamos: ¿Está la Universidad venezolana siendo consecuente con el *desiderátum* para la cual nació?, ¿cuál es su capacidad de *sindéresis* al abordar la coyuntura que vive el país?, frente a la simpleza y falta de densidad del discurso político ¿dónde está el intelectual orgánico que actúa como conciencia fundante?, ¿por qué hemos perdido nuestro protagonismo en las decisiones de la sociedad? Parece que se está cumpliendo aquella premisa según la cual el saber ya no se discute en la Universidad sino en el acontecimiento. ¿Acaso la cultura *massmediática* y *telemática* terminará desplazando la cultura académica y a la Universidad? Obsérvese que el problema de fondo es más grave de lo que nos imaginamos, si la Universidad no responde a su *razón de ser*, dentro de poco se estará discutiendo si es conveniente cerrarla. Históricamente la Universidad siempre ha sabido hacer valer su *ser per se*, por eso pudo sobrevivir a la Inquisición, al oscurantismo científico, a las revoluciones —de izquierda o de derecha—, y últimamente, a la crisis de paradigmas. Pero no nos olvidemos que «sólo merece la vida y la libertad quien a diario las conquista» (Goethe).

Cuando decimos que la Universidad está apartándose de su *razón de ser*, queremos significar que erróneamente su Ser está siendo puesto al servicio de

intereses que no son intrínsecos a su naturaleza. La Universidad no puede cerrar sus puertas por coyunturas ajenas a su razón de Ser. ¡La Universidad no son sus muros! La Universidad somos todos: los estudiantes, los profesores, y los que hacemos vida universitaria.

A la Universidad cuando le han cerrado sus puertas ha sido para sumirse en el oscurantismo. Curiosamente, en esta oportunidad, el paro no fue por decisión del gobierno de turno, como históricamente había sucedido. Hagamos un poco de memoria: No fue precisamente la Generación del 28 la que cerró a la Universidad Central de Venezuela, durante la dictadura de Juan Vicente Gómez. Ni fue precisamente la Generación del Sesenta la que cerró a la Universidad venezolana en la primera presidencia de Rafael Caldera. La Universidad abierta siempre ha sido el arma más fuerte que ha tenido el pueblo contra cualquier sistema de gobierno que se apartara de su desiderátum. De manera que si se trataba de generar conciencia crítica a favor o en contra del actual gobierno, mal pudiéramos quedarnos inermes ante quienes tratan de cerrar sus puertas.

El principio de finalidad de la Universidad, en el sentido aristotélico, nos señala que el fin tiene que ser un bien en sí mismo. No podría considerarse un fin bueno, decretar el cierre de la principal fuente de conocimientos de la Nación. Este escenario, unido a otras propuestas de parte de la sociedad civil, propiciaron una abierta propuesta suicida en contra de la Nación. Es verdad que históricamente el pueblo conquistó el poder en la calle desde el 18 de octubre de 1945, ratificado el 23 de enero de 1958, y cada vez que ha tenido que manifestar el descontento. Pero ¡cuidado!, la Universidad debe ser el pivote que guía a la Nación, no la oveja que sigue un rebaño. La *servidumbre de la inteligencia* también se expresa cuando exponemos el fin de la Universidad en una lucha que no es un bien en sí mismo. Así como el árbol tiene como fin el crecimiento, así también la Universidad tiene su fin en la enseñanza y el cultivo del hombre sabio. El principio de finalidad no puede ser el resultado de una opción voluntaria, como se ha querido hacer ver. No existe en el principio de finalidad el libre albedrío. Sería como si el niño tuviera la posibilidad de decidir si crece o no. Si el niño —en el supuesto negado— decidiera no crecer, moriría; de igual manera, si la Universidad decidiera no cumplir con su finalidad, desaparecería. ¡Cómo recuerdo aquella anécdota contada en mis años juveniles, según la cual, en la Universidad de Berlín, en plena II Guerra Mundial al llegar los americanos le preguntaron a los estudiantes por qué estaban allí, y respondieron: porque la Universidad de Berlín NUNCA SE PARA!

2. La Universidad: óntica y deontológicamente

La UNESCO sostiene que una Universidad de calidad es aquella que articula el *ser*, el *quehacer* y el *deber ser*. En los actuales momentos la OPSU propone algunas pautas acerca de cómo evaluar a la Universidad con miras a la calidad y excelencia. Me gustaría expresar algunos criterios de lo óntico y lo deontológico con respecto a la evaluación de la Universidad, ya que la dinámica los ha convertido en entelequias. De entrada diría que no olvidemos que la evaluación no sólo es un problema de métodos y metodologías sino que también es un problema político, como bien lo apuntala Santos Guerra: «las ideas que se aplican a la evaluación son trasladables a la metaevaluación. No es, pues, un proceso esencialmente técnico sino que tiene naturaleza política y ética» (Santos Guerra, 1999:266).

En el lapso de seis años (1995-2001) se han realizado varias evaluaciones de la productividad del profesor universitario en Venezuela, en el caso de la ULA podemos citar algunas: PEI-1997; CONABA (1997-1998), CONADES (1998), CONABA (2000); PEI (2001). Paradójicamente en un país en donde nunca se había estimulado la productividad del profesor universitario, en un corto tiempo se realizaron evaluaciones sin dar posibilidad a realizar la metaevaluación en forma sistemática, es decir, «la evaluación de la evaluación» (Ibídem, 1999:266) No hubo un proceso que realizara la retroalimentación de la evaluación. Lo cual trajo como consecuencia evaluaciones escasamente aprovechables para generar mejoramiento, y menos un estudio sobre el alcance y la productividad de los Grupos Académicos. De manera que la evaluación pudiera convertirse también en una entelequia, pues «cuando se evalúa mucho y se mejora poco, algo está fallando en el proceso». (Ibíd.1999:266)

El plano óntico y deontológico indaga acerca de: ¿qué es lo que debe ser evaluado?, ¿contra qué estándares se pretende evaluar?, y ¿a quién beneficia esa evaluación?. Pues es bien sabido que toda evaluación no es inocente, sino que se ancla en un conjunto de supuestos acerca de la comprensión de la realidad, del conocimiento, el ser humano, y de un paradigma. La realidad no existe independientemente de quien la conoce, sino que es en buena medida una construcción del sujeto, y de las representaciones. En tal sentido aclaramos desde ahora que no estamos, pues, en sintonía con cierta interpretación neoconservadora que busca en la Universidad la excelencia académica pero revestida del silencio crítico. Dicha propuesta presenta en forma subrepticia

que la finalidad fundamental de la Universidad sea la productividad económica, hasta el punto que se adiestra a los docentes para que asuman «el éxito académico casi exclusivamente en términos de crear trabajadores cumplidos, productivos y patrióticos, el nuevo programa conservador para una nación resurgente evade cualquier compromiso para formar ciudadanos críticos y comprometidos» (Mc Laren, 1989:198). Esta es la trampa en la que no debemos caer. Se busca productividad pero a costa de un ejército que sirva al mercado y sacrifique el espíritu crítico. Esta visión de talante neoconservador se caracteriza por trasladar la lógica del mercado a la Universidad. Como dice Rodríguez-Romero, son grupos que están construyendo su identidad con «movimientos de la nueva derecha, movimientos cercanos a las empresas, adalides del neoliberalismo, neoconservadores y fundamentalistas religiosos, más profesionales de la enseñanza que dan cobertura técnica a las demandas de control y medición» (Rodríguez-Romero, 1998:164). Estas prácticas han sido aplicadas a otros países y hoy se evidencia su inconveniencia; al respecto podemos citar la reforma de 1988 en Gran Bretaña; o bien, lo que se denominaba *Primera Ola* de reforma en los EEUU, y que fue generalizada con el nombre de *Regreso a lo Básico*.

Enmascarado en el movimiento de las denominadas escuelas y universidades eficaces (Báez, 1991), se esconde todo un programa neoconservador, bajo los términos de universidades ejemplares, eficacia de la Universidad, universidades eficaces y mejora de la Universidad, cuando en realidad responden a resultados alterados, manipulados, por los miembros de la institución, con complicidad externa o sin ella, constituyendo la base de acciones innovadoras de optimización en su rendimiento académico; se «pretende encontrar indicadores de la eficacia de las escuelas en términos de rendimiento de los alumnos (...) emplea instrumentos estandarizados, muestras representativas y análisis estadísticos y correlaciones» (Marcelo, 1995:22). Esta tendencia, amparada todavía en el paradigma proceso-producto, presenta el éxito como el proceso de la traducción fidedigna de lo que se enseña, cuando en realidad el acto pedagógico no tiene ningún sentido si no estimula la creatividad, sin la cual es imposible el pensamiento abierto. Debemos estar atentos a estos planteamientos, ya que los docentes «a menudo caen en la trampa de definir el éxito en simples términos de la exactitud ideológica de lo que enseñan» (McLaren, 1989:270). He aquí el problema central de la discusión.

La Universidad que pretenda la excelencia académica crítica debe ser algo más que un reservorio empresarial. ¡La Universidad de los Andes-Táchira

nunca se definirá como una institución cuya principal misión sea la promoción del crecimiento industrial! Apostamos, pues, por una excelencia académica crítica que respeta y potencia el pensamiento divergente y abierto, una excelencia académica crítica que respeta y potencia la diversidad, y una excelencia académica crítica que respeta y potencia la diferencia.

Necesitamos potenciar los esfuerzos que las generaciones de relevo plantean a las metas del pasado. En particular, las generaciones de relevo en la Universidad de los Andes-Táchira intentan mantenerse en el combate permanente pero a alto precio personal, ya que ha sido una generación cincelada con recursos menguados, tan menguados que el Programa de Plan II pareciera que no existe para nuestra ULA-Táchira.

La provincia sigue siendo al igual que en la antigüedad un espacio de tercera categoría cuando se reparten las cuotas de poder. Un extraño designio de algún oráculo griego nos condena, porque al estar lejos de la *polis* pareciera que recibiésemos el tratamiento que los griegos daban a los extranjeros: ser bárbaros y esclavos por naturaleza. Y no porque no tengamos excelentes egresados, sino porque nos falta potenciar los valores de nuestra *raza cósmica*, de la que habló Vasconcelos.

Pues bien, potenciemos una nueva generación de egresados con excelencia académica crítica, solvencia moral y humana, para que nos representen en la nueva Sociedad del Conocimiento, que en palabras de los gurús educativos será la sociedad del Tercer Milenio.

Los cambios están ocurriendo tan abruptamente, son tan dramáticos que pueden muy seguramente neutralizar, frenar, y congelar la acción de tomadores de decisiones que prefieren esperar a ver que ocurrirá; aquellos que se resisten al cambio o que se mantienen como veletas esperando cuál será el próximo cambio. Esta situación se asemeja a la del educador que decide esperar la nueva tecnología, el nuevo diseño curricular, el nuevo computador, argumentando ¿por qué estudiarlo o comprarlo ahora si en un año estará obsoleto?. Esa continua espera automáticamente colocará a los docentes universitarios renuentes al cambio en el banquillo de los jurásicos. Mientras tanto, los demás, los innovadores estarán haciendo historia.

Pero para poder ser representantes de los innovadores necesitamos potenciar un nuevo liderazgo, alineado en el paradigma de la complejidad (Edgar Morin, 1994). El nuevo líder educativo deberá ser: a) un pensador holista que integre

la divergencia y la convergencia; b) con visión prospectiva y retroprogresiva; c) experto en el manejo de la complejidad y el caos, porque la sociedad que se nos avecina será cada vez más caótica y compleja, «el éxito será de quienes amen el caos —la variación constante— y no de quienes aprendan a acabar con el» (Peters, 1992:507); d) anticipativo y proactivo, porque el mejor docente no será aquel que sepa resolver los problemas sino el que los anticipa; e) aquel que rechaza categóricamente el modelo flautista (Pied-pipers), o buscadores de posiciones de poder sin proyectos propios, pues los oportunistas serán desplazados por la dinámica social que exige más capacidad; f) innovador y flexible, ya que la nueva subjetividad no será la relación particular de un sujeto con un discurso sino la relación de un sujeto con una pluralidad de discursos, vale decir, desde la física cuántica hasta el taoísmo; g) maestro en el manejo del cambio y cultura organizacional, para poder transformar la resistencia al cambio; h) potenciará más la efectividad y comprehensividad que la eficacia y eficiencia, que al final han resultado ser conceptos instrumentales que funcionan muy bien en el mundo empresarial pero no así cuando se utilizan como indicadores de la educación. La crisis que vive la teoría de los Círculos de Calidad y la polisemia de significados de calidad traducidos de la empresa a la educación revelan un agotamiento y desencanto. (Ferrández, 1999). De allí que se impone involucrar todo el sistema educativo en los cambios y no a un grupo de privilegiados, aunque algunos trasnochados todavía pretendan sugerir como novedad la aplicación de la teoría de la Calidad Total como alternativa única para mejorar la calidad en educación; i) deberá ser una persona con gran capacidad de logro, con alta autoestima y un Locus Control Interno alto; y, j) deberá ser una persona auténtica y con una conciencia fundante, esto es, un ser que no simplemente es un hacedor de cosas sino que también sabe dar cuenta de cómo se hacen. Es la misma diferencia que Aristóteles establecía entre el hombre de *téchne* y el hombre de *episteme*. Necesitamos, de nuevo, potenciar en la Universidad al hombre de *episteme*.

¡Ojala! que un día podamos decir que nuestros egresados han sido fraguados con una cultura de excelencia académica crítica, y macerados en el liderazgo complejo, para que puedan volar y soñar tan lejos como las estrellas. ¡Ojala! que no sean como Ícaro con alas cargadas de cera que al intentar volar sean derretidas por las luces del conocimiento. Compartimos que en «el fluir diacrónico de los tiempos ha habido siempre dos clases de hombres: los que crean y los que imitan —para decirlo con palabras del Prof. Enrique Flores—» (Flores, 1998:12). Pero estamos seguros de que en la Universidad necesitamos

fundamentalmente de aquellos que crean, con un pensamiento abierto, y con una capacidad para vivir la diversidad. Sólo así podremos estar seguros de que llevarán en alto el nombre de nuestra Universidad de los Andes en cualquiera de los caminos de la vida. Necesitamos ser solidarios y empujar más lejos. Y, si un día pueden recordar las palabras de Bernardo de Chartres: «somos enanos encaramados en hombros de gigantes. De esta manera vemos más y más lejos que ellos, no porque nuestra vista sea más aguda o nuestra estatura más alta, sino porque ellos nos sostienen en el aire y nos elevan con toda su altura gigantesca», entonces, y sólo así, podremos pensar que hemos cumplido como sus formadores.

3. La Universidad: una mirada axiológica

Platón fue el primero en preguntarse, en la filosofía occidental, ¿qué es la virtud?. Desde entonces las respuestas nunca han sido unívocas sino que sugieren una salida compleja. Entendemos que la mirada axiológica acerca de la Universidad debe ser revisada constantemente, so pena de entrar en procesos ahistóricos. Por eso quisiéramos contribuir con la propuesta de un DECÁLOGO.

PRIMERO. La Universidad debe ser un espacio para el debate de la nueva ética universitaria. Transitamos una sociedad en donde pareciera que lo que está en tela de juicio no son las faltas a las normas de ortografía moral sino las mismas normas; en donde pareciera que cada cual prepara su propia infusión ética: desde influencias religiosas orientales, pasando por la combinación de hierbas y sahumerios indígenas, hasta propósitos de enmienda en los católicos de comunión diaria. La vieja ética profesional del docente se quedó en los anaqueles, porque funcionó más como una aprehensión conceptual que como una ética aplicada. Por eso podemos decir que la ética en la Universidad estuvo más caracterizada por intelectualización de los valores que por una práctica de los mismos.

Se requiere que repensemos una ética para la Universidad desde América Latina (Dussell), pues ni la ética finalística de origen aristotélico centrada en el principio de la *eudaimonía* (la felicidad), ni la ética kantiana centrada en el principio deontológico (deber ser), han demostrado ser eficaces. Se requiere el tránsito de una ética cartesiana centrada en la intelectualización de la moral, del *yo pienso, pienso luego existo*, a una ética sentiente (L. Boff), en donde se

potencie el «yo siento, luego existo». Todos los sistemas éticos desde la antigüedad hasta hoy han mantenido una variable: no se puede ser virtuoso de una virtud, el hombre virtuoso debe ser virtuoso de todas las virtudes. Si tuviera que dar una respuesta rápida a la pregunta ¿qué significa ser virtuoso en la Universidad actual?, sin reservas diría que un profesor universitario debería ser virtuoso de todas las virtudes. Quizá eso nos ha faltado para que la Universidad alcance el sentido de utilidad práctica para la cual nació. El docente universitario nació para dar origen a una nueva clase social: la que trabaja con el intelecto. Hoy por hoy, en la Sociedad del Conocimiento es una verdad indiscutible. Porque recordemos que desde la antigüedad el trabajo era esencialmente el trabajo manual. Fue necesario reivindicar el *status quo* del profesor universitario, hasta el punto que Rutebeuf —un joven poeta de la Edad Media— se defiende con orgullo expresando: «yo no soy obrero de las manos».

SEGUNDO. El subsistema más importante de la Universidad debe ser el subsistema de valores. La Universidad no puede seguir siendo administrada con los criterios de los últimos doscientos años, con criterios jerarquizados donde imperó el autoritarismo, el control, la uniformización, la especialización, la sincronización, la concentración, la maximización, y la centralización, teniendo por respaldo político una democracia liberal autoritaria aliada de los poderes de la civilización agrícola (caciques, jeques, caudillos, patriarcas, ayatollahs); éste estilo de hacer Universidad está en franco desplazamiento.

Todo esto está cambiando y afectará notablemente al mundo educativo. En lugar de manejar las universidades como cajas negras para responder a los mercados, debemos mejorar el subsistema comportamental. Las nuevas tendencias se centran en el lado comportamental y la organización interna, sosteniendo que la diferencia entre universidades exitosas y no exitosas estriba en los valores y principios que sirven de fundamento a su organización interna. Desde este momento el sub-sistema más importante de la Universidad debería ser el sub-sistema de valores y creencias, centro del sistema social de la organización. Pero para lograr ese cambio es necesario romper la vajilla de porcelana de la Universidad tradicional para después recomponer de otra manera los pedazos. El problema no es sólo descubrir y eliminar el desperdicio, sino determinar los saberes que han quedado desplazados.

El control fue propio de la Modernidad. Hoy ¡no!. Si convertimos el subsistema de valores en el más importante de la Universidad, todos sentiremos la

organización como nuestra. De esa manera podremos ser tratados en el recinto universitario como seres dignos de condición humana, y no como asaltantes, traficantes o ladrones. Quizá a partir de ese momento podamos demostrar que no necesitamos empresas de vigilancia para revisar nuestros vehículos. ¿Qué pensará un vigilante en su interior cuando recibe órdenes superiores para hurgar y espiar nuestro acontecer cotidiano.? Hemos llegado a tener que solicitar a las fuerzas represivas para que revisen la Universidad, porque no hemos sido capaces de generar un sistema de valores. La indolencia es el mal más grande que padecemos.

TERCERO. La Universidad tiene que hacer una reingeniería de procesos a fin de lograr una ventaja competitiva sostenible. El problema no es sólo producir lo que la sociedad desea sino lo que la sociedad valorará en el futuro. Por no ser conscientes de este proceso llenamos de conocimientos obsoletos las mentes de nuestros egresados. La Universidad tiene que preguntarse moralmente si realmente las carreras existentes responden a las necesidades de la sociedad que vendrá o si simplemente representan la defensa de un feudo para garantizar un espacio laboral.

Sospechamos de quienes hablan de cambio o renovación en la Universidad simplemente pensando en la estructura curricular y administrativa; cada cierto tiempo se emprenden iniciativas para realizar reformas curriculares. Sin embargo, estas no pasan de ser un desgaste de energías y tiempo, ya que el nuevo cambio es peor que el anterior. Debemos pensar en la reingeniería del docente, e incluso de pensarnos si realmente somos útiles a la institución o a la sociedad. Es muy acomodaticio hacer campañas para renovar o cambiar pero distraídos en sofismas. Por eso el proceso de revisión de los conceptos de la Universidad deberán ser más drásticos para los próximos años.

CUARTO. La Universidad emergente deberá centrar su importancia en el recurso humano; es axiomático que las personas son el mayor activo de una Universidad. Los miembros de la organización deben ser profesionales que se anticipen a los cambios, expertos del pensamiento convergente y divergente, en presencia de una realidad caótica; el mejor docente no es el que sabe resolver problemas sino el que los anticipa.

QUINTO. La Universidad deberá superar su organización burocrática. Los desarrollos tecnológicos hacen que la Universidad actual pueda superar las contradicciones de otras épocas. La racionalidad burocrática que privilegió la

razón organizativa del Estado planificador hizo de la Universidad un ente menos eficiente, y más vulnerable a las presiones endógenas.

La Universidad de la Modernidad tenía una estructura fundamentalmente jerárquica, en donde los Consejos Universitarios, de Facultad, o de Núcleo planificaban desde sus oficinas, pero desconectada, muchas veces, de lo que acontecía en las aulas.

SEXTO. La Universidad debe superar la relación saber-poder enquistada en una clase política. La Universidad debe superar el sentido de administración del poder cual *cosa nostra*, *camorra* o *piovra*, hasta el punto que bien pudiéramos decir que dentro de la Universidad hay otra Universidad que habla el lenguaje de la *cosa nostra*. Esta situación fue creando una contracultura organizacional que en forma soterrada afianzó una clase en el poder, hasta el punto de que cada elección simplemente consistía en rotarse los cargos. La incorporación de nuevos docentes en el poder de decisión pasaba por el juramento ante el clan de la *Universidad Nostra*; cada nuevo investido tiene que defender en forma genuflexa los caprichos de unos pocos que se encargaban de manipular el voto, y así se perpetuaban en el poder.

SÉPTIMO. La Universidad debe recuperar el sentido crítico potenciando los valores humanísticos. En forma sistemática los especialistas del currículo con un sentido más ingenieril que humanístico cercenaron los valores humanísticos. Fue así como desaparecieron de los pensa de estudio las materias con contenido humano y social, entre ellas: Introducción a la Filosofía, Sentido y Comprensión del Hombre, Sociología de la Educación, Antropología Filosófica, Lógica Silogística, etc. La Universidad en lo sucesivo deberá reconocer los valores humanísticos, ya que se requieren en las organizaciones del futuro.

OCTAVO. La nueva Universidad deberá potenciar el uso intensivo de los conocimientos. La sociedad del futuro tendrá como eje la biotecnología; eso implica que la Universidad biotecnológica requerirá de un mínimo uso de energía, un mínimo de mano de obra, y un mínimo de materias primas, pero un altísimo uso de conocimientos. Los gremios y sindicatos tendrán que cambiar sus fines, porque ya no podrán manipular a las universidades con chantajes o subterfugios; ya no podrán cuadrar concursos de oposición en complicidad con los administradores de la *Universidad Nostra*.

NOVENO. La Universidad deberá recuperar el nivel de *episteme*. En el tiempo la Universidad ha dejado de ser la constructora del saber epistémico, y se ha conformado con el nivel de *doxa*. Quizá por eso afuera en la calle muchos

piensan que la Universidad es un lugar para los *doxógrafos* de oficio. Fenómeno que ha hecho de la Universidad una agencia de titulación y simulación de investigaciones escasamente aprovechables.

DECIMO. La Universidad debe recuperar su *status quo* donde lo científico y lo filosófico se integren. De esa manera podemos participar en el diálogo entre lo científico y lo tecnológico, lo moral-práctico y lo político; porque la supuesta neutralidad valorativa de la técnica, amparada en la máxima de que «todo lo que es técnicamente posible es éticamente necesario» ha traído como consecuencia la eco-depredación. La labor del científico también debe incorporar la arqueología del imaginario social, pues allí se encuentra la genealogía de la cotidianidad. Todo científico es, al mismo tiempo, un metafísico y un filósofo, quiera o no admitirlo; si no filosofa explícitamente, lo hará implícitamente. Pero no puede eludir la sustentación de los supuestos epistemológicos sobre los cuales funda su saber. La crisis que vive el discurso científico radica en gran parte en el olvido de esta característica, ya que en su trabajo acepta o rechaza presupuestos filosóficos en forma más o menos crítica.

Pero no nos emocionemos. ¡Nada está garantizado! Nos hemos acostumbrado a ver al maestro, la escuela, la Universidad y al profesor universitario como necesarios, pero pudieran dejar de serlo. La Universidad de hoy está amenazada, «una terrible sombra, quizá emergida de las moradas tenebrosas del Tártaro, invadió el recinto universitario cuyo rostro, otrora amoroso y resplandeciente, luce hoy innumerables máscaras que lejos de embellecerlo lo pervierten: unas veces es mercado de buhoneros exhibiendo maniqués lujosamente enchaquetados, otras un stand de feria para concesionarios de vehículos, lleve hoy pague después, pida Visa pida Mastercard, y otras más frecuentes es un desfile de vanidades por cuya pasarela modelan la compinchería, el compadrazgo, las cervezadas, las campañas electorales que reducen al profesor a la triste condición de un voto, carnaval perpetuo que masivamente arrastra a dirigentes y dirigidos, fascinados por semejante canto de sirenas» (Flores, 1998:15).

Si no repensamos esos conceptos en una sociedad cambiante no nos sorprendamos si dentro de unos años la Universidad quizá sea para la cultura occidental lo que Homero para nosotros.

He aquí un nuevo reto para la Universidad. O ¿acaso, seguiremos defendiendo en las viejas trincheras los preceptos doctrinales del pasado? Si no repensamos la Universidad del Día de Después, la labor del profesor universitario se reducirá

a ejercer un “sacerdocio del simulacro” en los lugares sacrosantos en donde alguna vez se veneró la verdad.

BIBLIOGRAFIA

- BAEZ, de la Fe. (1991) El movimiento de las escuelas eficaces: implicaciones para la innovación educativa. *Revista de Educación*, No. 294. España.
- BRICEÑO Iragorry, Mario. (1989) Obras Completas. *Congreso de la República*. Venezuela.
- FERRANDEZ, Adalberto. (1999) Paradojas de la calidad educativa. *Grupo CIFO*. UAB. España.
- FLORES Ortega, Bernardo E. (1998) Dos discursos para la Universidad. *APULA-Táchira*, Venezuela.
- GIROUX, Henry. (1997) Cruzando límites, trabajadores culturales y políticas educativas. *Paidós*. México.
- MARCELO García, Carlos. (1995) La formación del profesorado para el cambio educativo. *EUB*, Barcelona.
- MCLAREN, Peter. (1989) La vida en las escuelas. *Siglo XXI*. México.
- MORA-García J. Pascual. (2000) Universidad, Curriculun y Postmodernidad (De las Teorías Curriculares de la Modernidad al Curriculum Postmoderno). *Cuadernos del Doctorado*. UPEL-Barquisimeto.
- MORIN, E. (1994) Introducción al pensamiento complejo. *Gedisa*. Barcelona. España. (1ra. ed. 1990).
- PETERS, Tom. (1994) En búsqueda de la excelencia. *Folio*. Barcelona. (1ra. ed. 1982).
- ————— (1994) Del caos a la excelencia. *Folio*. Barcelona. (1ra ed. 1992).
- ————— (1993) Reinventando la excelencia. *Folio*. Barcelona.
- PETERS, Tom y Nancy Austin. (1994) Pasión por la excelencia. *Folio*. Barcelona.
- RIVAS, M (1986) Factores de eficacia escolar: una línea de investigación didáctica. *Bordón*, 264. España.
- ROBBINS, Stephen. (1987) Comportamiento organizacional. *Prentice Hall*, México.
- ROCA, Deodoro. Discurso en la inauguración de los cursos de 1920, en Rosario, Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de la Universidad del Litoral, en La Reforma Universitaria, 1918-1930. *Biblioteca Ayacucho*. Caracas.
- RODRIGUEZ Romero, María del Mar. (1998) El cambio educativo y las comunidades discursivas: representando el cambio en tiempos de postmodernidad. *En Revista de Educación*. No. 317, España.
- SANTOS, Guerra. (1999). Metaevaluación: rigor, mejora, ética y aprendizaje. *En JIMENEZ, B. (Edit) Evaluación de programas, centros y profesores*. Madrid. Síntesis.